

tudes que le distinguieron, y desea que se esfuercen por imitarle, y que al mirarse unos á otros, crean ver á su padre y superior, cual si estuviese vivo. El bienaventurado Leucadio debió morir hacia el año 386.

El presbítero Sacérdos ocupó un lugar muy preferente entre los amigos de san Gregorio, que le tributó grandes alabanzas. Su piedad se adelantó á la edad, y fué elevado al sacerdocio por san Basilio. Hemos hablado en la vida de este santo Doctor del hospital que fundó en Cesarea. Pues bién, encomendó á Sacérdos su administración, así como el gobierno del monasterio que debió estar unido al caritativo establecimiento. Sacérdos desempeñó durante muy largo tiempo su cometido con la más perfecta caridad y prudencia, lo que le atrajo el afecto de todos los monjes.

Pero era preciso que su virtud fuese probada por las armas que la justicia tiene á su izquierda, según la expresión de san Gregorio, es decir por las tribulaciones y las adversidades, y así se verificó bajo el episcopado de Heladio, sucesor de san Basilio. Sacérdos cumplió tan exactamente su ministerio, que no pudo ménos de tener envidiosos. Estos le calumniaron, tejiendo su acusación con tanto artificio y malicia, que el prelado se dejó sorprender, y le quitó el gobierno de los monjes y de los pobres. La manera con que se portó hace sospechar que él mismo fuera el que incitó al acusador.

San Gregorio, que amaba entrañablemente á Sacérdos, le escribió más de una carta para animarle en la tentación, y como conocía que estaba muy bién arraigado en la virtud, y que podía soportar las verdades más amargas, le dijo sin rodeos, que, al entrar en la vida religiosa, no debió imaginarse que nada tendría que sufrir; que si otra cosa había pensado, no debía considerarse como verdadero religioso, ni honraba á los que le habían instruido, y que,

por el contrario, si sabía que los justos han de ser perseguidos, debía sufrir generosamente.

En otra carta le dá estas hermosas lecciones: « ¿ qué es lo que puede afligirte? Nada más que perder á Dios y la virtud: todo lo demás ha de venir según plazca á Dios, que es el dueño de nuestra vida, y sabe perfectamente la razón de todo lo que nos ocurre. Temamos sólamente hacer algo que sea indigno de nuestra piedad. Hemos alimentado á los pobres, hemos cuidado de nuestros hermanos, y hemos cantado los salmos con todo el fervor que nos ha sido posible. Sin embargo, nada de esto se nos permite: pues empleemos de otra manera nuestra piedad. La gracia no es estéril en medios de salvación. Permanezcamos, pues, en la soledad, ocupémonos en la contemplación, purifiquemos nuestros espíritus con las luces divinas, lo cual no es ménos perfecto que lo demás que hacíamos.

Se deduce de una carta del mismo Santo á Homofronio, que parecía ser uno de los principales religiosos del monasterio de Sacérdos, que éste se hallaba muy impresionado con la persecución que se le había suscitado, por lo cual le ruega que lo anime, y lo exhorte á que se aproveche de esta tribulación para apaciguar á su obispo y fortificar á los religiosos. Escribió también á este obispo en su favor, no tanto por la amistad que profesaba á Sacérdos, sino principalmente para defender su inocencia, tanto más cuanto que todo el mundo se hallaba escandalizado de que se maltratase á un religioso de tanto mérito. La respuesta del prelado no le pudo satisfacer, lo que no impidió que siempre conservase la misma estima á este sacerdote injustamente acusado, y que murió en esta persecución. Lo cual hace decir á san Gregorio, que había ido al seno de Dios, cediendo sin mucho trabajo á la envidia y á los ataques del demonio.

Sacérdos tenía una hermana casada y llamada Tecla, á

la que san Gregorio llama sierva de Dios y las primicias de la piedad. Dios bendijo su matrimonio con el nacimiento de algunos hijos, que ella le ofreció como hostias vivas y agradables. Habiendo quedado viuda, se retiró á un monasterio en busca del recogimiento que tanto amaba, ó á una casa inmediata á una iglesia dedicada en honor de algunos santos mártires. Allí, separada del mundo, no pensaba en otra cosa que en agradar á Dios.

Su piedad no se desmintió con la muerte de su hermano, ni en las persecuciones que éste había sufrido, y cuyos efectos también ella experimentó, pues suponiendo Heladio que Sacerdos había administrado mal los bienes de los pobres, quiso inquietarla, como heredera. Dios le reservaba esta prueba para purificar su virtud y hacerla más perfecta con la práctica de una humilde paciencia. San Gregorio fué á visitarla, y quedó muy edificado de su piedad, admirando la firmeza de su fé y su amor al recogimiento. Despues de la muerte de su hermano le escribió consolándola, y de esta carta se desprende que esta piadosa mujer había prometido á Dios observar las reglas de la perfección evangélica. De esta promesa se sirve el Santo para hacerle comprender que estaba más obligada á sufrir las tribulaciones y adversidades de esta vida miserable. Le dá otras excelentes instrucciones, y con motivo de los sufragios que ofrecía por los muertos, le dice, que ninguno podía serles tan provechoso como el soportar con paciencia los trabajos ; pues « estoy persuadido, dice, que las almas de los santos conocen lo que nosotros hacemos en la tierra. »



*St. Philome.*

*San Filomeno.*

